

LECTURA CLASE – UNIDAD 4

Martha Gellhorn's Dachau

Como americana, Martha fue una de las primeras periodistas en llegar a los campos de concentración poco después de que los alemanes nazis se rindieran. Cubrió con "Dachau" la liberación de los prisioneros judíos en 1945, pero también estuvo en la Guerra Civil Española, donde estuvo con su marido Ernest Hemingway.

DACHAU

Salimos de Alemania en un C-47 que transportaba prisioneros de guerra americanos. Los aviones se alineaban sobre los campos de hierba en Regensburg y los pasajeros esperaban, sentados a la sombra de las alas. No perderían el avión, éste era un viaje que nadie iba a perder. Cuando el capitán dijo que abordáramos, subimos a la nave como si escapáramos del fuego. Nadie miró por la ventana cuando volábamos sobre Alemania. Nadie quería ver Alemania de nuevo. La dieron sus espaldas con odio y náusea. Al principio, nadie habló, pero cuando quedó claro que Alemania había quedado atrás para siempre, se empezó a hablar del encarcelamiento. "Nadie nos va a creer," dijo un soldado. Y los otros asentaron; nunca nadie los creería. "¿Dónde te capturaron?" me preguntó un soldado. "Sólo estoy de paso, he venido a ver Dachau." Uno de los hombres dijo de repente, "Tenemos que hablar de ello. Tenemos que hablar de ello, tanto si nos creen como si no."

Tras el alambre de espinos y la valla eléctrica, personas esqueléticas se sentaban al sol buscándose los piojos. No tenían ni caras ni edad; todos ellos parecían lo mismo, como nada que vayas a ver en tu vida, si tienes suerte. Cruzamos el ancho, sucio y poblado campo de entre las barracas de prisioneros y llegamos al hospital. En el hall había más personas como esqueletos sentados que desprendían un olor a enfermedad y muerte. Nos miraban pero no se movían. No había expresión en esas caras amarillentas, con esa piel estirada por los huesos. Lo que parecía haber sido un hombre en un tiempo se deslizó hacia la oficina del doctor. Era un polaco de unos 2 metros de largo y menos de 50 kilos que vestía una camiseta de prisión a rayas, un par de botas desabrochadas y una manta que trataba de arropar en sus piernas. Sus ojos eran grandes y extraños y sobresalían de su cara, y su mandíbula parecía que iba a cortar su piel. Había venido a Dachau desde Buchenwald en el último transporte de la muerte. Había otros 50 de sus compañeros ahora muertos a las afueras del campamento. Cuando estas camionetas llegaban, los alemanes mantenían encerrados a hombres, mujeres y niños hasta que morían de hambre o sofocados. Gritaban y trataban de salir forzosamente, pero los alemanes disparaban de vez en cuando a la camioneta para acallar el tumulto.

Este hombre había sobrevivido; se le encontró bajo un montón de cadáveres. Se erguía sobre sus piernas, ahora nada más que huesos, (...) y lloraba: "No queda nadie. Todos están

muerdos. No puedo hacer nada por mi mismo. Y aquí estoy, acabado, y no puedo hacer nada por mi mismo. Todos están muertos.”

El doctor polaco que había sido prisionero durante cinco años dijo, “en cuatro semanas, volverás a ser un buen mozo. Te pondrás bien.”

Quizás su cuerpo sobrevivirá y retomará su energía, pero nadie creería que esos ojos volverán a ser como los ojos de una persona normal otra vez.

El médico hablaba con bastante distanciamiento de las cosas que habían ocurrido en el hospital. Las había visto pero no podía haber echo nada para evitarlas. Los prisioneros hablaban de ello de forma parecida: sigilosamente, con una extraña y pequeña sonrisa como si se disculparan por hablar de tan abominables sucesos a una persona que venía del mundo real y apenas comprendería Dachau.

“Los alemanes hicieron aquí varios experimentos inusuales,” dijo el doctor. “Querían ver por cuanto tiempo un piloto podía resistir sin oxígeno, y a que altura llegaría. Así que diseñaron un coche sellado del que sacaban todo el aire. Es una muerte rápida, no más de 15 minutos, pero es bastante dura. No mataron a muchas personas con ese experimento, sólo unas 800. Y se encontró que nadie puede vivir por encima de los 36 mil pies de altura sin oxígeno.”

“¿A quién elegían para este experimento?” Pregunté.

“A cualquiera,” dijo, “siempre y cuando estuvieran sanos. Elegían los más fuertes. El grado de mortalidad era del cien por cien, por supuesto.”

“Es interesante, ¿no?” dijo otro doctor polaco.

No nos miramos. No sé como explicarlo, a parte de la horrible rabia que sentía, también me sentí avergonzada. Avergonzada de la humanidad.

“También estaba el experimento del agua,” dijo el primer doctor. “Que era para ver cuanto tiempo sobreviviría un piloto si caía derrumbado en el mar. Para eso, los doctores alemanes ponían a los prisioneros en enormes bañeras y los mantenían de pie con el agua hasta sus cuellos. Se encontró que el cuerpo humano puede resistir unas dos horas y media en agua a 8 grados bajo cero. Mataron a unas 600 personas con este experimento. Algunas veces un hombre sufría el experimento hasta 3 veces, ya que se desmayaba antes de que muriera, así que se le revivía y tras unos días se le sometía otra vez.”

“¿Pero no gritaban, no lloraban?” Él sonrió con esta pregunta. “¿Para qué? No tenía sentido gritar aquí. Nunca tuvo sentido.”

Un compañero del doctor polaco entró; era el que sabía de los experimentos con malaria. El doctor alemán, que era el encargado del departamento de investigación en medicina tropical, usó Dachau como una estación experimental. Se trataba de encontrar una forma de inmunización para los soldados alemanes contra la malaria. El grado de muertes por malaria no era tan alto; simplemente significaba que esos prisioneros, debilitados por la fiebre, morían más rápido posteriormente de hambre. Sin embargo, un día tres hombres murieron por sobredosis de

Pyramidon, con el que, por razones desconocidas, los alemanes estaban entonces experimentando. Nunca se encontró la vacuna para la malaria.

Al fondo del hall, en la sala de operaciones, el cirujano polaco extrajo un libro con los datos sobre operaciones llevadas a cabo por los cirujanos de la SS. Eran operaciones de castración y esterilización. Los prisioneros eran forzados a firmar un papel de antemano, que decía que estaban dispuestos a cooperar en este tipo de autodestrucción. Judíos y gitanos eran castrados; cualquier esclavo laboral extranjero que había tenido relaciones con una mujer alemana era esterilizado. Las mujeres alemanas fueron enviadas a otros campos de concentración.

El cirujano polaco tenía sólo cuatro dientes frontales en la parte superior, los demás se los había partido un soldado alemán al que, un día, le apeteció partir dientes. No parecía que este acto tuviera repercusión alguna. Ninguna clase de brutalidad podía sorprenderles. Se habían acostumbrado a una crueldad sistemática que había estado ocurriendo durante 12 años.

El cirujano mencionó otro experimento, uno realmente malo, y obviamente inútil. Los conejos de indias eran curas polacos (de los 2.000 curas polacos que pasaron por Dachau mil sobreviven). Los doctores alemanes inyectaban gérmenes de streptococci en la parte superior del muslo, entre el músculo y el hueso. Un absceso creciente se desarrollaba, seguido de fiebre y dolor extremo. El doctor polaco sabía de unos 100 casos; pero había muchos más. Él había archivado 31 muertes, pero llevaba entre 1 y dos meses de dolor incesante antes de que el paciente muriera, y todos ellos morían después de varias operaciones. Las operaciones eran un experimento contiguo, para ver si un hombre podría ser salvado, pero la respuesta fue que no. Aun así, algunos prisioneros se recuperaron totalmente, después de que fueran tratados con el antídoto que ya se existía de antes; había otros que todavía se movían por el campo de concentración, lo mejor que podían, incapacitados de por vida.

Mi intérprete, un socialista alemán que había sido prisionero en Dachau durante diez años y medio, me llevo a las prisiones. En Dachau, si querías superar un horror, tenías que encararte con otro. La prisión era un largo y limpio edificio con celdas blancas. Aquí vivían los prisioneros que los alemanes llamaban "NN" [Natch und Nebel], que significa noche y niebla. Pero traducido a términos menos románticos, significaba que estos prisioneros nunca veían a un ser humano, nunca se les permitió hablar a otro ser humano y nunca se les dejó salir afuera. Vivían en confinamiento solitario con una sopa de agua y un trozo de pan. Por supuesto se corría el peligro de que se volvieran locos, pero nunca se supo que pasó con ellos. El viernes justo antes del fin de semana cuando los americanos entraron en Dachau, 8.000 personas fueron movilizadas en un último transporte de la muerte. No se ha vuelto a saber nada de ellos. (...)

En Dachau, si se encontraba a un prisionero con una colilla en el bolsillo recibía entre 25 y 50 latigazos. Si alguien se olvidaba de saludar a cualquier miembro de las SS que pasara en un radio de unos 2 metros, se le ataban las manos a la espalda y se le colgaba de las manos atadas en un gancho durante una hora. Si hacía cualquier otra cosa, por pequeña que fuera, que pudiera

disgustar a los guardianes, se le ponía en la caja. La caja es del tamaño de una cabina de teléfonos, donde un hombre no podía ni sentarse ni arrodillarse, (...). Lo normal era poner cuatro hombres a la vez. Y así se les dejaba durante 3 días, sin agua ni comida ni ninguna clase de limpieza. Luego volvían a la jornada laboral de 16 horas y a la dieta de sopa de agua y pan verde como cemento blando.

Lo que mató a la mayoría de los hombres fue la hambruna; morir de hambre era simplemente una rutina. Un hombre trabaja esa cantidad extraordinaria de horas con esa dieta y vivía en tal amasado confinamiento como no puede imaginarse -los cuerpos empaquetados en barracas sin ventilación-, que cada mañana se levantaban más debilitados, esperando la muerte. No se sabe el número de personas que murieron en este campo durante los 14 años de su existencia, pero se sabe que al menos 45.000 personas murieron en los últimos 3 años. En los pasados febrero y marzo, 2.000 personas fueron asesinadas en las cámaras de gas, porque, ya que estaban demasiado debilitadas para trabajar, pero no para morir, se concretó el día por ellos.

La cámara de gas es parte del crematorio, un edificio de ladrillos a las afueras de la prisión. (...)

“Pónganse un pañuelo en la cara,” el guía dijo. Allí estaban los cadáveres. Estaban por todas partes. Había montones de ellos en el horno, pero las SS no habían tenido tiempo de quemarlos. Estaban apilados fuera de la puerta y a lo largo del edificio. Todos estaban desnudos, y tras el crematorio, las vestiduras estaban cuidadosamente colocadas, camisas, chaquetas, pantalones, zapatos, esperando la esterilización para su futuro uso. La ropa se trataba con cuidado, pero los cuerpos se tiraban como la basura, pudriéndose al sol, amarillentos y con nada más que huesos, huesos que parecían más grandes porque no había carne que los cubriera, horrorosos y terriblemente angustiosos, y el insoportable olor a muerte.

Ya hemos visto demasiado; hemos visto demasiadas guerras y demasiadas violencia; hemos visto hospitales sangrientos y desagradables como carnicerías; hemos visto a los cadáveres tirados en las aceras de medio mundo. Pero nada era como esto.

(...)

Nos sentamos en el hall de aquella prisión cementerio, y nadie quiso decir una palabra. Pero, Dachau me pareció el lugar más adecuado en Europa para oír las noticias de victoria. Por que, de seguro, esta guerra se hizo para abolir Dachau, y todos los otros lugares como Dachau, y todo por lo que Dachau fue levantado, abolirlo para siempre.

Notas (Editado por John Pilger. 1ª ed. London: Jonathan Cape. 2004. Tell Me No Lies, Investigative Journalism and its Triumphs. Pag. 2) **Pilger**: “A los 80 años, Martha voló a Panamá tras la invasión americana en busca del presidente General Noriega, su anterior cliente [del gobierno de los EE.UU]. Se dijo que el número de asesinatos alcanzaba los cientos. En los barrios de la ciudad de Panamá Martha fue de puerta en puerta entrevistando a los supervivientes, (...) e

informó de unas 8.000 muertes. Como americana fue acusada de antiamericanismo, pero recuerdo que me dijo: “La verdad es siempre subversiva (...) Siempre pensé que la población era responsable de sus líderes, pero ya no... La individualidad y el coraje de algunas personas es impresionante. En El Salvador, justo ahora, hay un grupo de chavales que llevan la llamada comisión sobre derechos humanos. Son sólo un grupo de niños que trabajan en una cabaña de madera detrás de una oficina recogiendo información sobre asesinatos, tortura, secuestro y desapariciones relacionadas con las fuerzas de seguridad del gobierno. Es posiblemente el trabajo más arriesgado. Nadie les premia [o paga], y la voluntad moral y física para llevarla a cabo es colosal. Son lo mejor de los seres humanos. Y debemos recordar siempre que, no sólo existen, sino que también protegen el honor de todos nosotros.”